

CABEZUDOS DE CALAMOCHA. BREVES NOTICIAS

CUADERNOS. N.º 9

Págs. 9-14 / 1996

ISSN: 1136-8209

José M.^a de Jaime Lorén
José de Jaime Gómez

Generalidades

Viejos protagonistas en las danzas y figuras simbólicas de las procesiones del Corpus, según unos como representación de los vicios o de las herejías, según otros del sometimiento a Dios de las fuerzas de la naturaleza, sufrieron en distintas épocas prohibiciones y persecuciones, hasta quedar, junto a sus hermanos mayores los gigantes, como un componente imprescindible en las fiestas populares de muchos lugares de España.

En Aragón, especialmente conocidos y populares en el caso zaragozano, se sabe que a comienzos del siglo XIX los cabezudos eran propiedad del ayuntamiento que los guardaba en la lonja, y que participaban en casi todas las fiestas con sus bailes peculiares. Al principio estos «enanos» o «gigantillos» de enormes cabezas de cartón eran cuatro, y solían acompañarse de otros tantos caballitos de cartón y madera. Ya entonces perseguían a la muchachada que los reprendía desde lejos, asustaban a los forasteros y pedían algo para remojar sus gargantas, agradeciéndolo con saltos y con zalamerías. Dado el éxito de la función, la comparsa fue aumentando de número por parejas, siendo los cabezudos más populares el Boticario, el Forano, el Robaculeros, el Morico y el Verrugón. Cada uno de éstos con su correspondiente coplilla festiva que le cantaban los traviesos muchachos que corrían delante de ellos.

Los cabezudos del año 45

Extendidos como se ha dicho por muchos puntos de España desde antiguo, la popular zarzuela «Gigantes y cabezudos» ambientada como es sabido en el costumbrismo aragonés, sirvió para divulgar por todos los rincones a estos simpáticos personajes, que poco a poco se hicieron protagonistas imprescindibles en las fiestas de la mayor parte de los pueblos aragoneses. Calamocha en este sentido no fue ninguna excepción, y desde hace ya muchos años forman parte principal de los festejos infantiles de las celebraciones sanroqueras.



Los cinco cabezudos que han salido los últimos años, faltan la Baturra y Napoleón.

Hemos repasado los viejos programas de fiestas y de ferias de la Villa, y advertimos cómo ya en el Ferial de 1942, los días 2, 3 y 4 de noviembre hubo salida de «gigantes y cabezudos» para diversión de niños y mayores. Que nosotros sepamos, es la primera vez que sucedía. La salida era desde el ayuntamiento, y la hora las 11 de la mañana el primer día, y las 10 los otros dos.

No se indica que salieran en las fiestas de agosto de ese año ni del siguiente, pero sí en las de 1943 acompañados de «dulzaina y tamboril», el día de la Virgen y el de San Roque a las doce del medio día. No consta que lo hicieran tampoco en el 44, pero sí en el 45 con el mismo acompañamiento de gaita y de tambor, e idénticos días, sólo que en el de San Roque a las 12,30 en lugar de las 12 para dar tiempo a que concluyera la procesión y el baile. Dado el protagonismo personal que nos cupo representar este año, pensamos que vale la pena evocar un poco aquellas primeras actuaciones de los cabezudos calamochoinos.

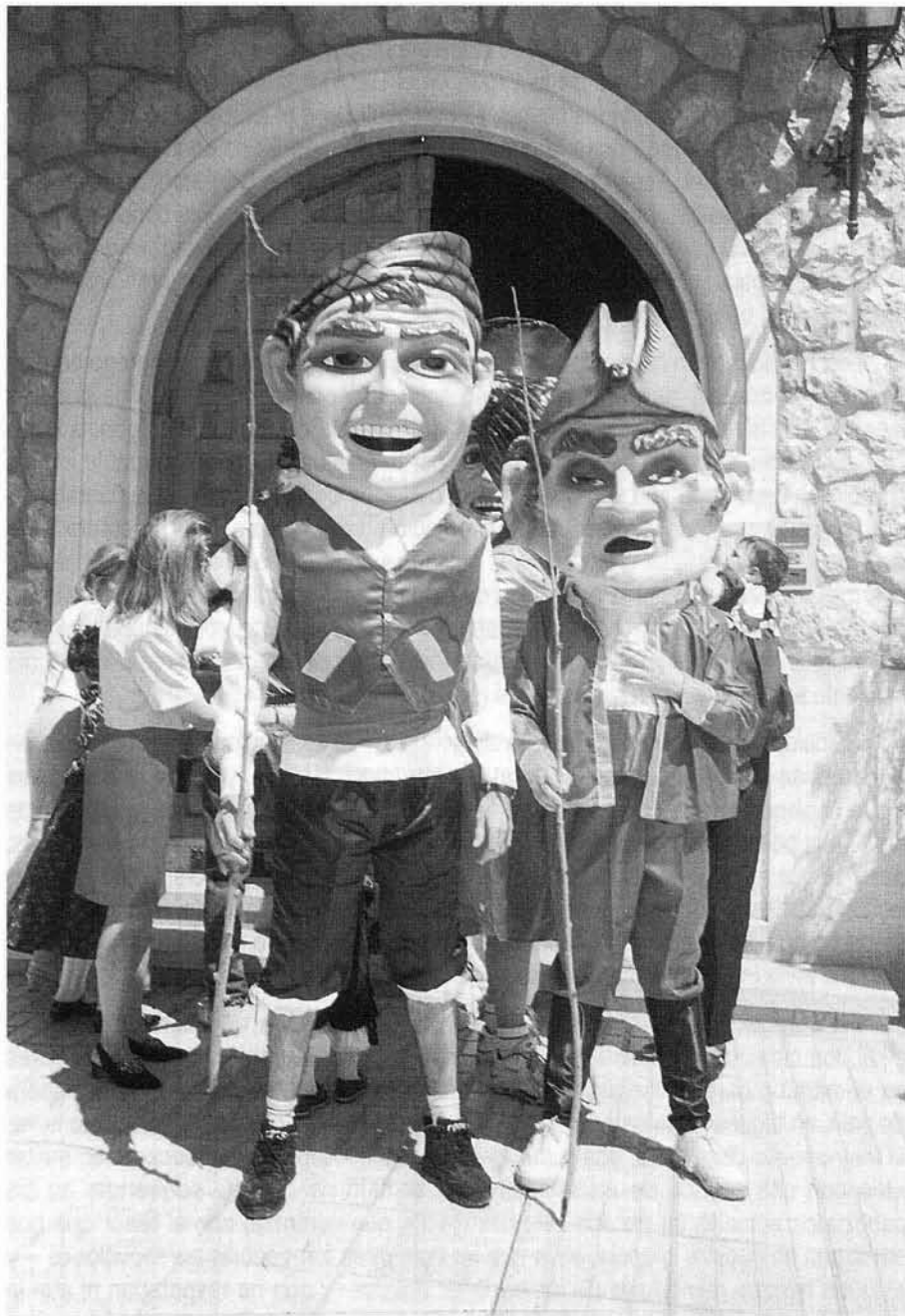
Para empezar conviene aclarar que, aunque solían anunciarse gigantes y cabezudos, nunca salieron gigantes, se trataba siempre de cabezudos, entonces eran seis, que se alquilaban en Zaragoza y que llegaban la víspera en el furgón de equipajes del tren, bien protegidos con serones. Como señalaba el programa estaba previsto que salieran el día de la Virgen y el de San Roque, encargándose de llevarlos unos cuantos jóvenes que previamente ya había apalabrado el ayuntamiento.

Ocurrió sin embargo ese año que llegaron las caretas con algo de antelación, lo que movió al entonces alcalde D. José Robles a proponer a una cuadrilla de jóvenes, que pasaba el rato la víspera de la Virgen en el Bar Flor, a decidirse a sacarlos ese mismo día como anticipo de las fiestas. Ni que decir tiene el éxito con el que fue acogida la propuesta. A toda prisa la cuadrilla que formaban Reinaldo Catalán, Manolo Parrilla, Ángel Miguel, Pepe de Jaime, Felipe Munera y Pepe Corbatón, se dispuso a salir. Mas entonces faltaba la música, no era cosa de salir sin ella, y la banda no llegaría hasta la última hora de la tarde. El problema lo resolvió enseguida Ramón Blasco, él tocaría la caja y Florentino, un amigo suyo de Villafeliche que intervenía en la orquestina del baile, se encargaría del clarinete.

Dicho y hecho. En medio de la expectación que rápidamente se congregó con los sonos de la música, hicieron su aparición ante el regocijo y la hilaridad de la gente menuda y de la no tan menuda, el Morico, Napoleón, el Boticario, el Verrugón, la Forana y compañía. Desde el primer momento, por la novedad y por el indudable interés con el que desempeñaron su papel los improvisados portadores, los nuevos cabezudos constituyeron las delicias de la población calamochina, que, siempre algo alcahueta, se preguntaba una y otra vez quiénes eran aquellos que iban debajo de los enormes cabezones. Ante la discreción de éstos, todo eran cálculos y elucubraciones que no se vieron acompañados del menor éxito. Tan sólo, tan sólo alguna que otra madre reconoció a su hijo por... los calcetines, con la consiguiente regañina. Al día siguiente saldrían ya con las caretas los mozos contratados.

Reinaldo y compañía percibieron veinticinco duros que, lógicamente, se fundieron a toda prisa en el bar correspondiente. Durante muchos años, y en cierta medida se sigue haciendo ahora, la comisión de fiestas ofrece en primer término a los quintos del año la posibilidad de ganarse un dinero sacando los cabezudos en los sanroques, caso de que ninguno se ofrezca a sacarlos cualquier otro que esté dispuesto sale con las caretas. Nada sabemos de los ingresos que percibían por hacerlo, recordamos sin embargo que alguno como el buen Casimiro obtuvo el dinero para hacerse socio de derecho en la Peña La Unión con lo que percibió por salir de cabezudo.

Para pegar, o mejor para amenazar a la muchachada que corría delante de ellos, los cabezudos solían usar largas varas de mimbre con un peñacho de hojas en el extremo para amortiguar el golpe, que ellos mismos se procuraban la víspera de salir, en alguna ocasión usaron zurriagas, y rara vez el propio disfraz podía llevar el instrumento disuasorio, como por ejemplo algún «Napoleón» o sucedáneo militar salía con una espada de madera. En este sentido no deja de sorprender en los cabezudos actuales su escaso celo castigador, que contrasta con el terror que nos causaban en nuestra infancia, en la que no eran raras formidables persecuciones —y algunos buenos mimbrazos de los de dejar marcas—, que no respetaban ni aun la iglesia parroquial, frecuente refugio de corredores apremiados, en donde podían continuar entre los bancos las atropelladas carreras con el cabezudo en los talones.



Las nuevas incorporaciones de este año a la comparsa, el Baturro y el Alguacillo.

Hoy, seguramente, ante las quejas de algún padre celoso en exceso de la integridad física de su vástago.

El citado repaso a los viejos programas de las fiestas de Calamocha nos ha permitido saber los años en que con seguridad salió nuestra comparsa, a saber: 1942 los días 2, 3 y 4 de noviembre con motivo de las ferias, y ya el resto siempre en las fiestas de agosto los años 43, 45, 46, 48, 51 y sucesivos hasta el presente. Por lo general se anunciaban acompañados de «dulzaina y tamboril... con el recorrido de costumbre», esto es con el clarinete y la caja de percusión de los músicos de la banda contratada ese año, que salían del ayuntamiento para tomar la calle Castellana, y por el Cantón enfilaban el Arrabal hasta la altura del Santo Cristo, a la subida o a la bajada hacían un alto en el bar del Minino y refrescarse con una cerveza o trago de vino después de quitarse la careta. Seguían calle Real abajo hasta la plaza del Peirón, tomaban la calle Mayor y por el callejón de la Monjas volvían a la plaza de la Iglesia donde tenían lugar las últimas carreras antes de volver al ayuntamiento.

A excepción de los años 46, 48 y 54 en que se anunciaban en el programa para los tres días principales, es decir la Virgen, San Roque y San Roquicio, el resto de los años tan sólo salían los dos primeros días. En cuanto a las horas de salida, en los primeros tiempos lo hacían a las 11 ó a las 12 de la mañana, siempre el día de San Roque media o una hora más tarde para dar tiempo a que concluyera la procesión del Baile de San Roque, pero a partir del año 52 se estabiliza el horario en las 12 del mediodía para la Virgen y una hora después en San Roque y San Roquico. En aquellos años el comienzo de la comparsa se amenizaba con el disparo de «cohetes y bombas reales».

Las nuevas adquisiciones

No sabemos con seguridad el año en que se adquirieron en propiedad los primeros cabezudos calamochinos, no nos extrañaría que tal cosa ocurriera sobre el 50 ó 51. Tampoco cuáles fueron éstos, en cualquier caso recordamos perfectamente el Señorito o Diplomático, el Morico o Negrito, el Baturro, la Baturra o el Guardia o Gendarme. Algunos debieron desaparecer y ser reemplazados por otros muy parecidos, pues estos últimos años salían el Señorito —sin duda el más representativo tanto por su tamaño como por su longevidad—, la Bruja, el Guardia o —un tiempo conocido como Tejero por sus formidables mostachos—, el Morico o Coreano con una gorra militar que le da un aire de comandante de república bananera, y la Morica. Es decir, tres de raza blanca y dos de la negra, para que luego se hable de racismo. Desde hace bastante no se exhibe la Baturra por lo maltrecho de su estado, pero se conserva en las dependencias municipales, lo mismo que el Napoleón que nadie quiere sacar por lo voluminoso de sus dimensiones que lo hacen extraordinariamente pesado.

Aunque son de propiedad municipal, algunos los adquirieron comisiones de fiestas con el importe de los beneficios obtenidos en el ejercicio. Otras localidades vecinas disponen asimismo de caretas, como por ejemplo El Poyo que tiene a Popeye entre otras. Como curiosidad indicar que los últimos años se han pagado a los portadores 50.000 pesetas para todos ellos, por los tres días que los llevan.

Este mismo año de 1996 han hecho aparición dos nuevas caretas, la del Baturro y la del Alguacilillo —esta última más parece la del Verrugón, por las evidentes excrecencias dermatológicas que exhibe en la cara y por la forma de llamarlo los niños—; no son muy grandes en proporciones, pero bellas como todas las demás. Se han adquirido por 60.000 pesetas cada uno —40.000 la careta y 20.000 el traje—, a la empresa Aragonesa de Fiestas. De esta forma se atiende al necesario rejuvenecimiento de la comparsa, que a veces sufre importantes deterioros cuando algunos pueblos que los demandan para sus fiestas, los tratan sin el debido cuidado, pues no es la primera vez que se tiran al río o se les pega fuego de mala manera como ocurrió en un vecino pueblo no hace mucho.

Conscientes del arraigo que tiene entre nuestros niños, esta simpática comparsa de cabezudos, dejamos esta pequeña noticia sobre su origen como complemento a la portada que le dedicamos en estos CUADERNOS. Sin duda que el asunto merece más atención que ésta que apresuradamente le dedicamos. Quede aquí pues solamente apuntado el tema.



Como se aprecia por la imagen, pese a las dimensiones de los mimbres que gastan, hoy son escasamente agresivos nuestros cabezudos.